



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9837

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 20 DE AGOSTO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Murcia, A. Lorente, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herreramental agrícola.

arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para zifias, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

EL PERDÓN.

Concluyó su carrera y dedicóse á practicarla con fé, con entusiasmo. Había sido uno de los pocos estudiantes con vocación y todo hacía creer que Ramón fuese con el tiempo una verdadera notabilidad en Medicina.

Al lado de sus padres había visto transcurrir los años, mimado por todos, como único hijo, lleno de consideraciones, estimación y cuidado, pues en aquella casa se hacía siempre su voluntad, siendo á todas horas satisfechos sus menores caprichos, ni más ni menos que si se tratara de una mujer.

Con los años fue adquiriendo más formalidad, más aspecto serio y queriendo ser un hombre de provecho, no sólo para con su familia, sino también para con la humanidad, dedicó todas sus energías, su saber y su experiencia á refir constantemente con la muerte, sosteniendo contra ella batallas desesperadas, luchas terribles y logrando en muchas ocasiones arrancar de sus garras algún infeliz desesperado.

Tan grande fue el esfuerzo de poderosa voluntad hecho por Ramón, tanto los sabios conocimientos acumulados que, en poco tiempo, vió su reputación consolidada, su nombre conocido y respetado y su situación desahogada y brillante.

Considerábase feliz: para él no había más que dos cosas: sus padres y sus enfermos. Si era grande el cariño que profesaba á los unos tampoco era pequeña la compasión que los otros le inspiraban, y así feliz y contento y de todos estimado, veía transcurrir los días de su existencia tranquilos y sin sobresaltos, hasta que un día, aciago para él, la casualidad ó el sino puso en su camino á Nieves, mujer de singular belleza, quien logró despertar en el alma de Ramón una pasión para él nueva y grata y hasta entonces no sentida: la del amor.

Nieves era realmente hermosa. Los ojos negros, de vago é indefinido mirar, atraían como el abismo, su boca fresca y pequeñita, entre cuyos rojos labios se destacaban las apretadas filas de los diminutos y blancos dientes, convidaba á besarla con avaricia, y su garganta de nácares y rosas, su breve pié y

las morbideces que se adivinaban en aquel esbelto cuerpo, eran datos preciosos que hacían soñar con las líneas y curvas de aquellos hermosos mármoles griegos en los que se nos representan esas diosas de la belleza plástica, esas famosísimas Venus que son el encanto de los museos de Italia y Francia.

Nada, pues, tiene de extraño que Ramón amase con afán de niño, con toda su alma, á tan hermosa criatura. Nieves, por su parte, encontró de su agrado el amor que se la brindaba y... desde aquel momento los enfermos del joven doctor no fueron atendidos con aquella solitud de los primeros días... ¡Es tan egoísta el amor correspondido!

Amar á aquella mujer con toda su alma virgen y pura, consagrar á esta pasión toda su vida, existir sólo por ella y para ella, hé aquí el solo sueño, la sola ambición del enamorado joven.

Nieves á su vez, amó ó creyó amar á Ramón, que en estos sentimientos suelen también haber frecuentes equivocaciones, hasta que hubo un día en que, frívola y egoísta, dejó aquel amor santo y puro, con que la brindó un corazón noble y enamorado, para fijar su mirada ambiciosa en un ser ridículo é insustancial, es cierto; pero sér cuya fatuidad é inoble porte tenía el encantado barniz que da la abundancia del oro.

Ramón vivía feliz, amante y confiado de la mujer que era dueño de sus pensamientos y de su nombre, hasta que llegó el momento en que Nieves, continuamente asediada por el rico ladrón de honras, olvidóse, ante las halagüeñas promesas del libertino, de sus deberes y del respeto que se debía á sí misma, y jugando al azar con su felicidad y su honra, se abandonó loca en brazos de un amor que la mintió un falsario sin conciencia.

De la noche á la mañana Nieves desapareció de su casa y vanas fueron cuantas pesquisas se llevaron á cabo para averiguar su paradero, logrando sólo con aquellas requisitorias é investigaciones practicadas que la historia corriese de boca en boca con beneplácito del mundo envidioso y maldiciente.

Hay en la vida sacudimientos horribles, luchas desesperadas, que sólo podrán ser comprendidas por aquel que las sintió albergarse dentro de su sér.

Cuando Ramón se enteró de lo ocurrido con Nieves, ruda y dolorosa fue la que sintió en el alma, ante aquella transición á que estuvo condenado en amorosa fe, que del ensueño de amor pasó á la brusca realidad del cruel desengaño.

Su corazón, su alma, su inteligencia, toda su vida, las había consagrado, como dejamos dicho, á aquel sentimiento que llenaba su sér y en un momento y de tan cruel manera veía morir todas aquellas ilusiones con que soñara su alma enamorada.

Sintió que la fe se apagaba en su espíritu, que las dulces sensaciones desaparecían de su corazón llagado

y en el alma advertía un vacío inmenso, en el cerebro se revolvián mil enloquecedoras ideas y en sus venas circulaba fuego en vez de sangre.

Aquel dolor que sentía era demasiado horrible, y como el naufrago busca en vano el ansiado apoyo en las furiosas olas, así pretendió hallar imposibles consuelos en la engañosa duda, pero la abrumadora realidad se le colocaba delante y la duda se hacía imposible.

Aquel desengaño produjo en el desdichado Ramón una espantosa fiebre que le tuvo á las puertas de la muerte y se llevó todas las ilusiones de su corazón.

El cariño de sus padres y su juventud libraron á Ramón de una muerte cierta é hicieron que, vuelto á la vida, se revistiese de energía y tratase de dominar los sentimientos de aquella pasión indigna de una mujer de tan ruin proceder.

Pasado algún tiempo Ramón se admiró al ver que aquel recuerdo que tanto le atormentó, y que él creía imperecedero, llegó á amortiguarse, consiguiendo por fin volver á ser el mismo de antes, el hombre embebido en sus estudios y dedicado á sus enfermos, el ilustre médico que supo conquistarse un nombre glorioso y envidiado.

Un día, el azar llevó al joven doctor á la cabecera del lecho de una mujer agonizante.

Cuando se aproximó á la moribunda un gesto de asombro se escapó de su garganta, al par que un lamento ahogado partía de lo interior del pecho de la mujer que espiraba.

Se encontraban de nuevo Ramón y Nieves, y en aquellas espontáneas exclamaciones de asombro, claramente manifestaron tan inesperada sorpresa.

Nieves, sola, pobre y abandonada, después de recorrer un calvario lleno de penas, cayó enferma y desahuciada de los médicos; ocurriósele á su hija, inocente y pobre niña de 12 años escasos, el acudir, por consejo de una vecina, en busca del eminente médico, como único recurso para ver de salvar á su madre.

La pobre niña, inocente de cuanto pudo ocurrir entre su madre y el hombre á cuya casa se encaminaba llena de esperanza, solicitó el auxilio del médico para su madre enferma, y Ramón, cuyos nobles sentimientos no fueron nunca desmentidos, consoló á la hija y se personó en casa de la madre.

Dios quiso sin duda que Nieves, antes de morir recibiera, como castigo á su negra infamia, una nueva prueba de la grandeza de alma de aquel hombre cuyo noble corazón lleno de cariño infinito, despreció, loca, por la avaricia del oro y del amor mentido.

Cuando Ramón pudo reponerse de su asombro y dominando la situación logró quedarse á solas con la enferma, corazón generoso, solo vió en aquella pobre mujer, la expresión tristísima de su cadavérico semblante, las lágrimas de amargura, de sus apagados ojos y los

penosos suspiros, que más bien se dibujaban que producían sonidos, en aquellos labios, en otros tiempos tan frescos y rojos y ya entouces tan secos y marchitos.

Toda idea bastarda, hija del resentimiento, huyó de su pecho y dió al olvido todos sus sufrimientos, cuando contempló á la mujer que tanto quiso, temblorosa como una gota de azogue, cerrar, anonadada ante su presencia aquellos ojos que tantas y tantas ilusiones le hicieron concebir y extender hacia él la descarnada mano, al par que de su boca se escapaba la palabra ¡perdon! con sonido de queja infinita.

Ramón, llevando á sus ojos cuanto dulzura había en su alma, la contempló con arrobamiento de enamorado, estrechó la calenturienta mano que se le tendía, llevándose amorosamente sobre su corazón y sus labios se posaron por vez primera sobre la ardorosa frente de su amada.

Cuando recibió Nieves aquel beso de amor santo y puro, cuando vió aquel inagotable manantial de cariño, que gota á gota caía sobre su helado cuerpo como benéfico rocío, cuando escuchó de labios de aquel hombre frases de consuelo para ella y de protección para la inocente hija de sus extravíos, entonces llegó á comprender toda la grandeza y santidad del amor perdido, y un raudal de lágrimas asomó á sus ojos, lágrimas que con cariño solícito secaba Ramón al par que con infinita dulzura la decía: ¡Yo te perdono!

V. de Dios Vicario.

Crónica Madrileña.

¡Qué divertidos, estamos los vecinos de la villa y corte de Madrid!

Tenemos treinta y cinco grados de calor para andar por casa, y balazos por las esquinas.

¡Pedir más es gollería! A lo mejor está uno en elástica fumándose un pitillo mezclado con pelos y migas de pan y se le ocurre salir á dar una vueltecita por la Puerta del Sol, que es como si dijéramos la noria de los desocupados. Pues bien, digo, pues mal; sale uno á dar uno un paseito y cuando menos lo piensa... ¡pim! ¡pam! ¡pum!

Unos puntos, que sin ser suspensivos dejan en suspenso al lucero del alba, se les antoja hacer una hombrada y la emprenden á balazos con los agentes de la autoridad, causando la natural sorpresa á los tranquilos transeúntes que por la Puerta del Sol discurren, dicho sea esto con todo género de salvedades, porque no todos los que por la Puerta del Sol pasean saben discurrir; pero, en fin, el caso es que ni aun se puede salir á tomar el fresco.

No sólo por el temor de que le descerrajer á uno un par de tiritos, que siempre es un temor muy respetable, sino por no encontrarse con la comisión de rifetitos que ha venido á Madrid... no sé á qué, y que ya se dispone á volver á sus kabilas, como perros perseguidos, con el rabo entre piernas, es un decir.

Son unos moros que da gusto el verlos.

¡Tienen una caída de ojos que seduce! ¡Y pensar que los pobrecillos no han sido comprendidos por los personajes

políticos que aún quedan en Madrid, y han recibido desaires de todos ellos!

¡Ah! pero ellos no se han achicado, y después de gruñir algunas palabras que nadie ha entendido, se vuelven hacia sus aduares, dispuestos á... ¡sabe Dios á lo que estarán dispuestos!

Pero ya verán ustedes cómo esto viene á parar en que se sube el vino y cometen algunas fechorías en el Polígono ó Rostro Gordo.

En fin, que estamos como en la gloria.

Antes solíamos tener en esta época del año nuestras clásicas verbenas, que aparte de unas cuantas bofetadas perdidas, que se encontraba el que más descuidado estaba, y de alguna que otra puñaladilla de mala y tan mala! muerte, servían para recoger á los madrileños que no tenían dinero para emprender los viajes veranegos; pero este año, gracias á la previsión de nuestras autoridades, no tenemos esas fiestas tan típicas y peculiares entre nosotros.

Es lo que dirá nuestro alcalde, señor Conde de Romanones:

—Madrid atraviesa ahora una crisis económica como casi todas las regiones de España, y es conveniente evitar que mis administrados hagan gastos superfluos. Suprimo las verbenas, y lo que habían de gastar en torraos y avellanas, lo pueden ir ahorrando... para pagar cualquier nuevo impuesto que se me ocurra.

Que sí se le ocurrirá, porque aquí á todo el mundo se le ocurre algo.

Como á los peluqueros madrileños, que se les ha ocurrido celebrar un banquete y tratar en él de cuestiones ¡peluqueras!

Desde que han celebrado ese banquete, es imposible entrar en ninguna peluquería para que le afeiten ó le corten el pelo á uno.

—Ya habrá usted leído—nos dice el oficial mientras nos embadurna la cara cor. jabón—lo que la prensa ha dicho de nuestro banquete.

—No; no leo periódicos.

—¡Hombre, es extraño! ¿Le hace dano la navaja?... Pues fué un banquete monstruo y de mucha trascendencia. Ya verá usted como en lo sucesivo nos tratan mejor los poderes públicos. Necesitábamos mostrar nuestra virilidad y energía... No, no ha sido nada: un carrillo que he cortado... Y hemos demostrado que el gremio de peluqueros de la corte sabe dónde tiene la mano derecha.

—Y yo también lo sé—contestamos,—empleada en destrozarme la mejilla izquierda.

Después de esto, decid si no estamos divertidos los vecinos de Madrid.

J. RODELANA.

TIJERETAZOS

La última noticia que nos ha venido de Marruecos es que los riffeños habían cometido una agresión contra el general Navarro.

El primero que no sabe una palabra de eso es el general agredido.

Y ahora vayan ustedes creyendo las noticias que llegan de Melilla.

No parece sino que hay allí establecido una fábrica de noticias falsas.

Una burgalesa le ha dado á un leonés siete puñaladas.

La burgalesa es joven y agraciada y había sido abandonada por el leonés después de engañarla.

Pónganse en remojo los que se dedican á engañar mujeres.

El oficio es peligroso y tiene que iras.